El Tejedor de Sueños

En un pequeño pueblo rodeado de montañas vivía un joven llamado Mateo, conocido por su habilidad para tejer. Desde niño soñaba con crear el tapiz más hermoso que jamás se hubiera visto, uno que contara la historia de su pueblo con hilos de colores tan vivos que parecieran cobrar vida. Día tras día, Mateo se sentaba frente a su telar, imaginando cada detalle: el azul del río, el verde de los bosques, el dorado del sol al amanecer.

Sin embargo, no todo era tan sencillo. Al principio, sus manos torpes dejaban nudos donde quería líneas suaves, y los colores se mezclaban donde debían brillar por separado. Una tarde, frustrado tras deshacer por tercera vez un tramo de su tapiz, arrojó los hilos al suelo y exclamó:

—¡Soy un fracaso! Nunca lograré lo que quiero!

Su abuela, una anciana de ojos brillantes que lo observaba desde un rincón, se acercó con calma. Tomó uno de los hilos enredados y lo sostuvo frente a él.

—Mateo, ¿qué ves aquí? —preguntó.

—Un error, abuela. Un nudo feo que arruina todo.

Ella sonrió y negó con la cabeza.

—No es un error, hijo. Es una señal. Este nudo te está diciendo que tus manos están aprendiendo, que tu corazón está intentando algo grande. Los errores no son fracasos, son huellas de lo que estás buscando.

Mateo la miró confundido, pero ella continuó:

—Cuando era joven, también tejía. Mis primeros tapices estaban llenos de imperfecciones: hilos sueltos, bordes desiguales. Pero cada uno me enseñó algo. Si no hubiera cometido esos "errores", nunca habría aprendido a darles forma a mis sueños. Mira esto —dijo, señalando un tapiz colgado en la pared, lleno de figuras intrincadas y colores vivos—. Todo lo que ves ahí nació de esos intentos.

Inspirado por sus palabras, Mateo recogió los hilos del suelo y volvió al telar. Esta vez, no vio los nudos como derrotas, sino como guías. Con cada error, ajustaba su técnica, probaba nuevos caminos. Pasaron semanas, meses, y un día, al fin, terminó su obra. El tapiz era magnífico: el río parecía fluir, los árboles susurraban con el viento y el sol brillaba con un resplandor casi real. El pueblo entero se reunió para admirarlo, y Mateo sintió que su sueño se había hecho realidad.

Mientras contemplaba su creación, entendió lo que su abuela quiso decir. Los errores no habían sido obstáculos, sino escalones. Cada nudo, cada hilo deshecho, había sido una señal de que estaba en el camino correcto, de que estaba intentando algo valioso.

Reflexión:

A veces, en la vida, nos castigamos por equivocarnos, pensando que cada tropiezo es un fracaso. Pero, como Mateo, podemos aprender a ver los errores como lo que realmente son: pruebas de nuestro esfuerzo, señales de que estamos creciendo y buscando algo más grande. No es el error lo que define nuestro camino, sino lo que hacemos con él.